

ENSAYO*

LA CULTURA EN ARAGON

— Por José-Carlos Mainer —

Nacido en Zaragoza (1944), es catedrático de Literatura Española de esta Universidad, tras haber profesado en las dos de Barcelona y en la de La Laguna. Ha trabajado fundamentalmente sobre la sociedad literaria española del siglo XX y es director de la «Nueva Biblioteca de Autores Aragoneses».



La región aragonesa no se puede definir ni por unos rasgos étnicos generales, ni por una geografía que es enormemente variada, ni siquiera por su primera historia, en la que los destinos del futuro Aragón se confunden con los de la unidad geopolítica del Valle del Ebro. Ya es de suyo llamativo que el río epónimo de la región corra por la actual Navarra en buena parte de su curso. Apenas avanza en su trayecto superior los valles pirenaicos que vieron nacer un condado cristiano primitivo cuyos rumbos se ligan al cercano reino de Pamplona, como, al este de la misma cordillera, otros surgen en estrecha conexión con los dominios cristianos de la futura Cataluña. En la Edad Media existen —y así lo recoge alguna documentación— «Aragones» que, con la

* BAJO la rúbrica de «Ensayo», el Boletín Informativo de la Fundación Juan March publica cada mes la colaboración original y exclusiva de un especialista sobre un aspecto de un tema general. Anteriormente fueron objeto de estos ensayos temas relativos a la Ciencia, el Lenguaje, el Arte, la Historia, la Prensa, la Biología, la Psicología, la Energía, Europa y la Literatura. El tema desarrollado actualmente es «Cultura en las autonomías».

En números anteriores se han publicado *La cultura de Andalucía*, por Antonio Domínguez Ortiz, académico de la Historia y catedrático jubilado de instituto; *Panorama cultural de Castilla-La Mancha*, por Juan Bravo Castillo, profesor de Filología Inglesa en la Escuela Universitaria del Profesorado de E.G.B., de Albacete; *La cultura murciana en la España de las Autonomías*, por María Teresa Pérez Picazo, catedrática de Historia en Murcia; y *La cultura riojana: pasado, presente y futuro*, por Manuel de las Rivas, profesor de Enseñanza Media y crítico literario.

La Fundación Juan March no se identifica necesariamente con las opiniones expresadas por los autores de estos Ensayos.

marcha de la mal llamada Reconquista, incorporaron a su seno las pujantes y refinadas taifas musulmanas ribereñas del Ebro y del Jalón, cuya persistencia mudéjar en el marco del reino cristiano es una sugestiva característica cultural de la región.

GEOGRAFIA, HISTORIA Y LENGUA

Si geografía e historia dirán poco al buscador de identidades regionales, menos aún dirá la lingüística. La toponimia noroccidental (y aun algunos rasgos físicos de su población montañesa) habla elocuentemente de un *continuum* cultural pirenaico en el que algún orate cree ver un vasquismo aragonés. Al este, en cambio, una franja importante que corre del valle de Benasque en Huesca al Maestrazgo turolense, e integra una parte del valle del Cinca, habla variedades dialectales del catalán occidental, no siempre discernibles de las que los filólogos llaman «hablas fronterizas», en un mosaico complejo, pero muy vivaz, sobre el que polemizan sus hablantes, los políticos y hasta los lingüistas. Harina de otro costal es el aragonés primitivo, todavía vivo en la provincia de Huesca (los optimistas le calculan unos veinte mil hablantes), por cuya conservación velan hoy los bienintencionados y soñadores miembros de un Consello de la Fabla (con revista propia, *Fuellas*, y alguna actividad literaria en letra impresa) y los cautos términos de un artículo del vigente Estatuto de Autonomía de Aragón. Pero el aragonés de hoy es un manojo de dialectos (cheso, chistavino, belsuetano...) donde no es fácil distinguir el vulgarismo español del rasgo autóctono, de léxico muy específico y gramática casi inexistente, al que parece imposible superponer las normas unificadoras del citado Consello. Tiene una tradición ilustre, pues en aragonés se escribieron documentos y fueros, trabajó Juan Fernández de Heredia, Maestre de Rodas, y se tradujo el *Libro de las maravillas del mundo*, de Juan de Mandevilla. Pero estos y otros textos reflejan una lengua cancilleresca que quizá no corresponde a un uso real, muy pronto mediatizado por el castellano y que, en cualquier caso, no pasó la frontera de «defensa e ilustración» de las lenguas vulgares por parte de los primeros humanistas. Antes al contrario, los comienzos del siglo XVI registran el explícito abandono de la vieja lengua por parte de nobles y curiales: en castellano escribe y publica su *Cancionero* Pedro Manuel Ximénez de Urrea y su primacía fue afirmada por el bió-

grafo latino de Fernando el Católico, Gonzalo García de Santa María, ya en 1490. La condición de éste —curial regio, converso de la resonante familia burgalesa de su mismo apellido— permite hallar una explicación política de ese abandono del aragonés en el momento de una difícil unidad nacional y, más aún, de la cimentación de un Estado. Pero el hecho es que la operación fue un éxito completo, ya que solamente en algún momento popularista las letras áureas aragonesas recogen la vieja lengua: así, por ejemplo, en el *Octavario* de una monja, Ana Abarca de Bolea, lejana descendiente de los grandes Urreas y antecesora del Conde de Aranda.

EL LEGADO INSTITUCIONAL

Lo cierto es que si hay algo que unifique vigorosamente lo aragonés, se ha de buscar en lo institucional, con todo y lo que tal cosa tiene de voluntad explícita de persistencia. Particularmente, en el orden jurídico: todavía hoy, la región aragonesa se enorgullece de poseer con plena vigencia un derecho civil propio de acusada originalidad y fuerte sabor individualista en problemas como la prevalencia de los pactos personales sobre la misma ley escrita (principio de *standum est chartae*), la privilegiada situación de la viuda con respecto a los bienes matrimoniales («viuda en Aragón o reina en Castilla», reza un conocido adagio) o la sorprendente capacidad legal de los menores huérfanos para disponer o adquirir propiedades. Los otros aspectos de ese sólido legado institucional son más discutibles, pues los suele rodear un halo de leyenda, creado por los ardorosos foralistas del siglo XVII y resucitado y divulgado por las nostalgias románticas del XIX. Los Fueros de Sobrarbe y su insolente fórmula de consagración real ante los nobles («Nos que valemos tanto como Vos y que unidos valemos más que Vos») son una patraña bien urdida que refleja, sin embargo, la prepotencia señorial ante el monarca y explica, a la par, episodios como el Privilegio de la Unión y las violentas —y poco conocidas— luchas sociales entre los siglos XIV y XVI. Otra cosa, sin embargo, fue el famoso Privilegio de Manifestación, tan vinculado a la figura del Justicia del Reino, que habla elocuentemente de unas insólitas independencia y seguridad procesales («niega que negarás, que en Aragón estás», se decía aludiendo a la proscripción de la tortura en las indagaciones judicia-

les): precisamente, la observancia estricta de esta fórmula costó la vida a Juan de Lanuza y al viejo reino la primera pérdida de sus veteranas instituciones en 1592; la segunda y definitiva vino con los decretos de Nueva Planta, tras la Guerra de Sucesión.

Se ha dicho a menudo que ese tono ético y casi forense de la vida colectiva se refleja también en la actividad cultural, y un erudito moderno lo ha querido establecer como principio de la idiosincrasia aragonesa. A esa preocupación por el moralismo y por lo normativo podría referirse también otro tópico afortunado, el del individualismo aragonés, consecuencia de una alta y arriscada estima del propio valer y una defensa a ultranza de la propia opinión. Con todo esto, es común ver la aportación cultural regional como una cordillera de aisladas eminencias, encastilladas en su voluntarismo y frecuentemente a contracorriente de su tiempo. Por descontado que no debe ser casual que tales rasgos comparezcan en la relación de figuras aragonesas que vienen a la memoria de todos: están presentes en la minuciosa honestidad documental de Jerónimo Zurita, padre de la moderna historiografía española; en la preocupación ética y la convicción clasicista de los hermanos Bartolomé y Lupercio Leonardo de Argensola; en la angustiada reflexión jesuítica de Baltasar Gracián; en la heterodoxia de Miguel Servet y Miguel de Molinos; en el sereno eclecticismo normativo de Ignacio de Luzán; en la fuerza de la pintura de Goya; en la tenacidad de Joaquín Costa y Santiago Ramón y Cajal; en la hirsuta sátira social de Luis Buñuel o en la complacencia en las materias abruptas del escultor Pablo Serrano. Conviene precaverse, empero, de tales simplificaciones caracteriológicas que, de ser ciertas, responden más a determinaciones del contexto (o a la personal creencia en una tradición) que a inmateriales flujos del espíritu local. Porque lo cierto es que la imaginación creadora —cualidad que parece ausente de lo aragonés— es, sin embargo, decisiva si se piensa —aparte de en Goya, en Sender y en Buñuel— en los activos gongorinos aragoneses del XVII, en el vigoroso brote surrealista zaragozano, en la poesía de Miguel Labordeta o los filmes de Carlos Saura. Del mismo modo que tampoco parece sostenible el nexo de disidencia o heterodoxia que parece enlazar las cumbres culturales citadas. Si aragoneses son Servet y Molinos, como lo son Aranda y Roda en el siglo XVIII (y, con ellos, los más firmes servidores del *regalismo*

borbónico), tampoco cabe olvidar que aragoneses son frutos contrarreformistas tan conspicuos como el *Catecismo* del jesuita Jerónimo de Ripalda y la orden escolapia de José de Calasanz, por no aludir en fechas más recientes a la controvertida figura de José María Escrivá de Balaguer, fundador de la Opus Dei.

¿GENIOS O CONTINUIDAD?

Pero este paisaje limitado a sus más altas cumbres abona otra creencia pertinaz: la de que Aragón es tierra natal de grandes genios, pero que carece de alturas medias sostenidas, de esfuerzos de continuidad que son, en rigor, los que suministran el clima propicio a la creatividad. La impresión, empero, es falsa, y sostenerla implica olvidar datos menos llamativos que los citados (y generalmente poco conocidos), aunque más dilatados en el tiempo. Entraña, por ejemplo, marginar el mudejarismo arquitectónico y decorativo que se mestiza con todos los estilos —del gótico al barroco— y que ha redimido al pobre ladrillo aragonés de su condición de cenicienta de los materiales constructivos. Y olvidar, al paso, la larga y heroica subsistencia de una literatura aljamiada (escrita en español con grafías árabes), cuyos restos son en abrumadora mayoría aragoneses y que abre un insólito portón a las aficiones y los gustos de una masa popular del mundo rural español entre los siglos XIV y XVI. En otro orden de cosas, la evidente pobreza de las letras aragonesas del siglo XVI se compensa con la asombrosa riqueza de la poesía hispanolatina que surge de las florecientes escuelas de latinidad regionales: nombres como los de Juan Sobrarias en el reinado de los Católicos, Domingo Andrés y Antonio Serón en el de Carlos I y Juan Verzosa y Juan Calvete de Estrella en el de Felipe II conforman una atractiva cuanto ignorada constelación lírica, sin parangón en otro lugar de España. Tampoco es muy conocida la importante actividad médica y matemática en la Zaragoza de finales del siglo XVII, pórtico tan sugestivo del florecimiento de un siglo XVIII que, sin exageración, puede ser tenido por la centuria de oro aragonesa. Por los mismos años y hasta bien entrada la época ilustrada, las escuelas de música sacra de la región proveen de maestros de capilla a muchas catedrales españolas. Y todavía hoy la riqueza inexplorada de los archivos episcopales de Aragón asom-

bra a los investigadores, tanto como la calidad de una organería que supieron tañer las manos expertas de Sebastián Aguilera de Heredia, Pablo Bruna («el ciego de Daroca») y su discípulo Pablo Nasarre en el XVII y las familias Moreno Polo y Nebra en el XVIII. Incluso tras una etapa de regresión generalizada, como lo fue el siglo pasado, Aragón sorprende con un acusado protagonismo en el movimiento regeneracionista: es sabido que Joaquín Costa y Lucas Mallada fueron oscenses de nacimiento; lo es menos que la misma provincia vio los primeros años del antropólogo Rafael Salillas y del escritor y criminalista José María Llanas Aguilaniedo. A la vez que la universidad de Zaragoza vivía en su claustro un activo fervor de reforma académica que, pese a su tono conservador, suscitó los elogios de Giner de los Ríos: la *Revista de Aragón* en 1900 puede ser un testimonio significativo de los logros y las limitaciones de aquel movimiento en el que anduvieron el historiador Eduardo Ibarra, el arabista Julián Ribera, los juristas Juan Moneva y Severino Aznar, el militar Ricardo Burguete, entre otros.

La aportación de la región a la Edad de Plata de la cultura española es, sin embargo, bastante exigua. Nos trae, no obstante, dos nombres de primera magnitud —los del cineasta Luis Buñuel y del novelista Ramón J. Sender— y otra pareja de destacado relieve: la compuesta por el narrador Benjamín Jarnés, cuya estima anda en alza, superado el prejuicio contra lo que en mala hora se llamó «arte deshumanizado», y por el arquitecto Fernando García Mercadal, uno de los introductores del racionalismo en España y fundador del G.A.T.E.P.A.C. Pero conviene no olvidar que el esfuerzo vanguardista tuvo, en los años veinte y treinta, valores locales importantes, aunque faltos todavía de cotización nacional: el zaragozano Tomás Seral y Casas vale seguramente menos como creador de versos y de *chilindrinas* (poco afortunado nombre que dio a una suerte de greguerías de fantasía y humor) que como impulsor de revistas (*Cierzo* y, sobre todo, *Noreste*) y aglutinador de entusiasmos; el oscense Ramón Acín, que pagó con la vida su pacífico anarquismo, fue una suerte de Castelao aragonés, tan certero en sus dibujos como original en su escultura, su pintura y sus escritos breves; José Luis González Bernal, que expone con escándalo en la pacata Zaragoza de 1930, es un surrealista de cariz figurativo cuya prometedora trayectoria

cutó la muerte en plena juventud; mejor suerte tuvieron al respecto los escultores Pablo Gargallo, maellano, cuya formación y vida artística son ajenas al medio regional, y Honorio García Conday; también el poeta y narrador Ildelfonso Manuel Gil inicia entonces y con excelentes augurios sus primeros pasos literarios que, tras la guerra civil y una difícil situación de exiliado interior, se habían de acendrar en una densa e importante ejecutoria.

PINTURA Y POESIA LIRICA

A mediados de los años cuarenta el crítico y filólogo José María Aguirre escribía que la cultura en Zaragoza «andaba al nivel de los bordillos de las aceras», frase feroz que muchas cosas hacían buena pero que recuerda bastante a otra de Seral y Casas, quince años antes, en que ponía tal nivel al par del de «los dos Casinos de la calle del Coso». Ocurría, sin embargo, que si el enemigo de Seral y sus camaradas era el común de la vanguardia —las colecciones de novelas cortas, el teatro postbenaventino y quinteriano, la remilgada pintura de comedor—, los enemigos de Aguirre y los suyos eran más inmemoriales y estaban estrechamente imbricados en la situación política dominante: eran los clérigos, los pontífices de ateneos y periódicos locales, la burguesía tradicional, quienes dictaban sus normas, sus suspicacias y sus desconfianzas y quienes condenaban al ostracismo —a quien por ser pariente de «rojos», a quien por homosexual— a los pocos ganosos de innovación. Al margen de la realidad de esa presión —que contó con la anuencia de una medrosa clase media y que fue servida por buena copia de lo que Gramsci hubiera llamado «intelectuales tradicionales»—, lo cierto es que la situación generó en sus oponentes un espíritu de catacumbización, de bohemia estridente y, en cierto modo, de masoquismo colectivo que adoptaron como propias las formas culturales de vanguardia en los cuatro primeros lustros de postguerra. La poesía lírica de aquel niño grande, generoso, truculento e imaginativo (pero también tenaz en su tarea y muy autocrítico), que se llamó Miguel Laborreta, refleja muy bien los resultados de ese síndrome, como también lo hace el rimero de anécdotas y los importantes poemas y *collages* de Luis García Abrines. Uno y otro se vieron a menudo en la tertulia del zaragozano café Niké, objeto hoy de un culto

entre nostálgico e interesado. Resulta difícil concebir que cuantos se titulan de asiduos cupieran físicamente en un rincón —nada bohemio, por otro lado— que desapareció a principios de los años sesenta para ser reemplazado por un almacén de alfombras y tapicerías. Fue, sin embargo, una especie de ademán colectivo de afirmación en un momento de creatividad nada desdeñable, al menos para las dos fórmulas artísticas de mejor y mayor cultivo en Aragón: la pintura (con nombres de mucho relieve desde quienes compusieron el grupo Pórtico, de 1949, a los del Azuda 40, de 1972) y la poesía lírica (menos conocida que la anterior, pero sorprendentemente activa en nombres propios y en colecciones de libros).

Con polémico gracejo, el historiador del arte y narrador Julián Gállego gusta repetir que Aragón da más profesores que creadores, lo que quizá venga a abonar aquella teoría que atribuye al ingenio regional más interés por la norma y la reflexión que por la transgresión y lo imaginativo. Algo de esto se vería si se adujera aquí la larga nómina de investigadores y docentes aragoneses que han ilustrado la universidad española en la postguerra. El número de juristas (que tienen ya vieja tradición), de matemáticos, médicos, historiadores o filólogos (cuyo número contrasta con lo reciente de la organización de sus estudios en el centro académico zaragozano) no tiene, efectivamente, parangón con la menguada lista de narradores de mérito o de autores del teatro en el Aragón de hoy, puede que del mismo modo en que es más abundante la relación de instrumentistas de mérito que la de creadores de música.

FOLKLORE Y «BATURRISMO»

A buena parte de los aragoneses de hoy les irrita mucho ser reconocidos por el resto de sus compatriotas como cómplices o partícipes de ingredientes folklóricos de acuñación por demás reciente. Pueden gustar de una jota en la que se exhibe una potente voz masculina, pero se suelen sentir muy incómodos ante la generalidad de esas letras para cantar que reflejan la matonería del macho célibe, la misoginia más zafia, el patrioterismo más sonrojante o encarecimientos eróticos propios de mozo de cuadra. Será el aragonés devoto o no de la Virgen del Pilar, pero jamás

hablará de la «Pilarica», como no se identificará en los términos de «maño» o «baturro». Cumple observar, no obstante, que el desarrollo y cultivo del *baturrismo* conoce fundamentales culpas aragonesas. Es muy posible que la terquedad en la opinión y la insolencia para expresarla sean la vieja consecuencia de una sociedad de pequeños propietarios rurales, orgullosa de un foralismo muy sensible a los derechos individuales. Es cierto también que, como toca a un mundo muy campesino y tradicionalista, Aragón ha preservado un tesoro folklórico de gran riqueza: devociones, festejos populares, indumentarias (que en algún rincón pirenaico, como Ansó, fueron hasta hace poco de uso general), alfarería común y cerámica decorada, coplas de ronda y cuentos o chascarrillos. Y es notable, por último, que aquella tendencia natural y este acervo tengan una rara vitalidad, incluso en los núcleos urbanos más modernos. Pero también sucede que —desde mediados del XIX, al menos— estos rasgos vienen experimentando una reducción a su caricatura y que, por otro lado, la aceptación de ésta se ha operado tanto en medios propiamente populares —campesinos y ciudadanos— como, lo que resulta más llamativo, en medios de una burguesía tradicional que se complace en su propio aplebeyamiento y contribuye generosamente a la perpetuación de los más chuscos estereotipos. En algún otro lugar he recordado que, en cierto modo (por otra parte, no privativo de Aragón), el costumbrismo cazurro y la afirmación localista sustituyeron a principios de este siglo los vuelos más amplios del *modernismo* estético (que en Cataluña, por ejemplo, se alió a la perfección con la conciencia nacionalista). Y lo más revelador es recordar quiénes fueron en Aragón los sustentadores de aquellas letras de vuelo corto: Mariano Baselga, que no era un espíritu vulgar, por otro lado, fue humanista y banquero; Alberto Casañal, creador del «romance baturro», era catedrático de Matemáticas en la Escuela Industrial de Zaragoza; Sixto Celorrio, el más fecundo coplero de jotas, fue diputado y Presidente de la Diputación Provincial zaragozana; Gregorio García-Arista y Rivera fue, como miembro del Cuerpo de Archiveros, bibliotecario de la Universidad de Zaragoza, cuyo rector fuera cincuenta años antes Cosme Blasco, uno de los primeros baturristas bajo el seudónimo de «Crispín Botana». Ninguno de los citados dejó de mantener una cierta dignidad en sus *divertimenti* popularistas, pero es obvio que

de aquellos patricios bienpensantes que protagonizaron el moderado regionalismo de los albores del siglo XX cabía esperar una ambición estética mayor. Y de aquellos polvos vinieron otros lodos.

Ese problema ha estado muy presente en el despertar de la conciencia regionalista de los últimos quince años, caracterizado, más que en otras zonas de España, por una aversión a la imagen regional estereotipada y por una búsqueda de «otros» valores (aunque éstos también formaron parte del acervo tradicional: pero se prefería estudiar el *dance* a la jota, el movimiento pedagógico de la Ilustración a los Sitios napoleónicos de Zaragoza). También es cierto que, en muchos órdenes, los ingredientes de matiz popularista han tomado parte muy activa en esa nueva «invención» de Aragón: y así, la sensibilización colectiva ante el previsible abandono del plan de regadíos del Alto Aragón y la amenaza previa de trasvasar las aguas del Ebro a la cuenca del Pirineo Oriental ha revelado la perduración de una conciencia agrarista de vieja raigambre decimonónica y resonancias inevitablemente costianas. Por su lado, las canciones de José Antonio Labordeta han exhumado una gavilla de referencias igualmente agrarias —la amarga realidad de la emigración, el consiguiente abandono de los pueblos, la dureza de la vida campesina y el deterioro de sus ingresos económicos— que han encontrado eco entre los sujetos pacientes del expolio (ya sea en el campo aragonés, ya sea en la población trasplantada a Barcelona) y también ante auditorios zaragozanos. Pero lo cierto es que quien las escribía y cantaba era un catedrático de Historia en un instituto de bachillerato, que progresivamente ha ido densificando su contenido ideológico y mediando sus apelaciones más elementales con otras de alcance histórico y crítico. Y es que el caso ha sido bastante común: ha resultado ser un sector de la clase media intelectual el que ha protagonizado la incorporación de Aragón a los pleitos españoles de la conciencia autonómica. José Antonio Labordeta, como muchos otros, pertenece a ese sector y de su peculiar visión de la realidad aragonesa ha emanado lo más vivaz de la actividad cultural en los últimos quince —e importantes— años de vida colectiva. Actividad que, en un resumen apresurado, puede verse como un esforzado mentís de esta nueva clase media a la imagen arcádica, patriarcal y chocarrera sostenida de Aragón por una burgue-

sía incompetente e ignara y, por otra parte, como un acercamiento de raíz sentimental a la «verdadera» realidad de un pueblo sufrido y silencioso.

DESDE LA UNIVERSIDAD

No tiene que extrañar, pues, que la universidad zaragozana se haya convertido en estos años en el más poderoso centro de irradiación del nuevo sentimiento aragonésista. Diríase incluso que la situación presente no carece de antecedentes. Ya señalaba, líneas más arriba, cómo en 1900 un equipo universitario inició con la *Revista de Aragón* una experiencia que aunaba el talante regeneracionista propio de aquellas fechas con una incipiente prédica aragonésista. Si entonces, un grupo intelectual muy conservador (silvelista primero y maurista después) encarnó los ideales potenciales del efímero impulso de la burguesía mercantil y agraria local, desde septiembre de 1972 ha parecido ocurrir algo similar. Pues es en ese momento cuando aparece el quincenario *Andalán* (todavía hoy milagroso superviviente de la ruina general de las revistas de su índole) para articular la opinión de un grupo abrumadoramente constituido por jóvenes docentes universitarios que quisieron imbricar la reflexión política (en términos declaradamente antifranquistas y progresistas) con el estudio meticuloso de la realidad aragonesa, lo que fue umbral de un regionalismo de izquierda que pronto fue muy explícito. Aunque aquel periódico se orientó (hacia 1975) a un tono más periodístico y menos «cultural», el peso específico del equipo fundacional siguió siendo muy notable en las tareas que *Andalán* dinamizó.

Los nombres de sus promotores —aunque también los de muchos afines en profesiones e ideas— comparecieron en seguida en una tenaz actividad editorial de divulgación que, en lo que se me alcanza y guardados los oportunos términos de comparación, no tiene similitud por su extensión en ninguna otra región española. Así, desde 1976 y 1978, respectivamente, las colecciones «Aragón» y «Básica Aragonesa», de dos sellos editoriales privados zaragozanos, han sumado entre ambas más de un centenar de títulos que han revisado la historia, el arte, las instituciones, la geografía y la biología regionales, desde aquellos dos primeros

volúmenes que consagraron la una a *Los fueros de Aragón* y la otra a *Alfonso I el Batallador* en sendas elecciones muy significativas. Los editores de la Colección Básica Aragonesa (única que hoy sobrevive con aliento y calidad sostenidos) han ofrecido también desde 1980 una Nueva Biblioteca de Autores Aragoneses que quiere ser —como apuntan las solapas de sus libros— retoño de la veterana Biblioteca de Escritores Aragoneses que sostuvo en el siglo pasado la Diputación Provincial de Zaragoza, alternando en su catálogo los clásicos regionales y algún moderno de renombre nacional. Los mismos editores ofrecen una ambiciosa y todavía incompleta *Geografía de Aragón* en fascículos, que por su extensión se empareja con la *Historia de Aragón* que, en gruesos volúmenes, escribe y edita Antonio Ubieta. Al Instituto de Ciencias de la Educación de la Universidad de Zaragoza se debe la convocatoria —desde 1979— de unas jornadas de bibliografía aragonesa que, hasta la fecha, han recogido en seis tomos de sus actas un apabullante estado de la cuestión sobre los temas más diversos. Por último, la *Gran Enciclopedia Aragonesa* (1981-1983), con sus trece volúmenes, fue un empeño que, a primera vista, difería poco del aluvión nacional de obras similares: monumentos de buena voluntad y negocios dudosos. Lo cierto, sin embargo, es que el propósito se culminó con una altura informativa más que estimable y, a reserva de algunos casos, con una encomiable falta de provincianismo acrítico que suele hipotecar obras de aquella envergadura. Una mirada, siquiera apresurada, a sus índices permite apreciar los intereses más destacados —y también los logros— de la investigación universitaria aragonesa: al lado de materias de veterana ejecutoria (derecho civil, foralismo, historia media y moderna, arqueología y geografía humana, muy actualizadas en casi todos los casos) aparecieron temas de estricta novedad (tales las historias contemporánea y económica o la musicología), otros casi enteramente renovados (historia del arte) y algunos pocos más menesterosos, pero con síntomas esperanzadores de ampliación (como sucede en historia de la literatura, etnografía e historia de la ciencia y del pensamiento).

Sin embargo, este florecimiento tan sucintamente reseñado no es planta espontánea. Desde 1943, la Institución Fernando el Católico, dependiente de la Diputación Provincial de Zaragoza, aunque con vocación y alcances holgadamente aragoneses, viene

cumpliendo con mérito singular la función de una verdadera editorial universitaria, lo que se ha hecho con una amplitud de criterios que no deja de contrastar con sus hipotecas políticas fundacionales y aun con la significación personal de la nómina de sus miembros. A la fecha es, de entre todos los centros acogidos al Patronato «José María Quadrado» del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, la entidad editorial más activa con larguísima diferencia: tiene casi un millar de títulos en su catálogo, dividido en diecisiete colecciones (que incluyen la creación literaria), y sostiene ocho revistas especializadas, tuteladas todas por profesores de la universidad zaragozana. Menor relieve, y por razones obvias, han tenido el oscense Instituto de Estudios Altoaragoneses (fundado en 1949) y el Instituto de Estudios Turolenses (que es de 1948), ambos de estatuto idéntico a su hermano mayor de la capital regional, con todo y lo cual sus dos revistas —*Argensola* y *Teruel*, particularmente esta última— soportan ventajosamente la comparación con publicaciones similares de provincias de la misma dimensión demográfica. El fenómeno más reciente es la proliferación de centros locales de investigación y publicaciones, algunos debidos a la iniciativa de la Institución Fernando el Católico (los de ámbito provincial zaragozano) y otros alentados por un instituto de bachillerato, la tenacidad de unos munícipes o un reducido grupo de universitarios de la localidad. Han aparecido en entidades que, a veces, apenas superan el millar de habitantes, pero por su esfuerzo han surgido revistas y monografías (como pequeños museos y excavaciones arqueológicas) que presentan los más exóticos pies de imprenta. Ofrecen trabajos donde, por supuesto, las bonísimas intenciones no siempre justifican la torpeza del alevín de erudito o del aficionado local, y suelen cubrir esos campos de investigación que ofrecen mayor actualidad, aunque susciten en el profesional el consabido ceño de la alarma: la arqueología prehistórica, el arte medieval, las costumbres y útiles populares, la historia contemporánea y el estudio de ecosistemas son quizá los ámbitos preferidos. Aunque no siempre, ni mucho menos, faltan el rigor y la ambición en estas tareas de afirmación local. Así, por ejemplo, una modesta entidad de Sabiñánigo, «Amigos de Serrablo», ha ofrecido en el transcurso de pocos años una ejemplar restauración y estudio del fascinante conjunto de iglesias altorrománicas de los valles del

Gállego, Basa y Guarga, capitales en la historia del arte aragonés y español.

SERIEDAD CIENTIFICA

Este denso panorama, cuyo crecimiento no parece remitir, testimonia la seriedad científica con que en Aragón se ha procedido en el espinoso asunto de la asendereada «recuperación de las señas de identidad». Una suerte de voluntad epistemológica parece haber reemplazado la especulación patrioterica y la exaltación lírica (que han sido elementos marginales); tanto quizá por el sustrato de un talante peculiar como por la señalada hegemonía de lo universitario en el proceso reciente. Todo apunta también a un síndrome generalizado en estos nuevos caminos: la presencia de cierta aversión por lo que se ha dado en llamar «centralismo zaragozano», en troquelación tan injusta con las culpas reales de la capital de Aragón y tan ciega con respecto a un activo esperanzador y señero en la vida aragonesa de hoy y mañana.

El Aragón de hoy —o, por mejor decirlo, el millón de personas que pueblan su dilatada tierra— no es una región conflictiva, como lo fuera en su difícil siglo XVI o en la convulsa primera mitad de su siglo XIX. Tiene serios problemas de despoblamiento y marginación en la mayor parte de su territorio (gravísimos en la provincia de Teruel) que paradójicamente encuentran su causa en lo que es su mejor recurso para el futuro: la espléndida «renta de situación» y el crecimiento acelerado de su capital histórica, Zaragoza. Pero es también, como reflejan las estadísticas, una región de aceptables niveles de bienestar económico, educación y tranquilidad social, dentro de los parámetros peninsulares. Sus propios ingredientes de autorreconocimiento cultural y aun político no presentan pleitos insolubles ni con la nación ni con las comunidades fronterizas y, a pesar de ciertas apariencias, la presunta rusticidad regional no disimula un alto y extendido sentido reverencial de la cultura, al igual que el legítimo orgullo de lo peculiar se compadece con una elevadísima conciencia de integración en lo español. Todo este panorama —puede que demasiado optimista para algunos— parece un buen augurio: quizá no surjan de él aquellas figuras solitarias del pasado, que jalonan la historia lejana, pero puede hacerlo una continuidad creadora que es modo más seguro de perduración.